

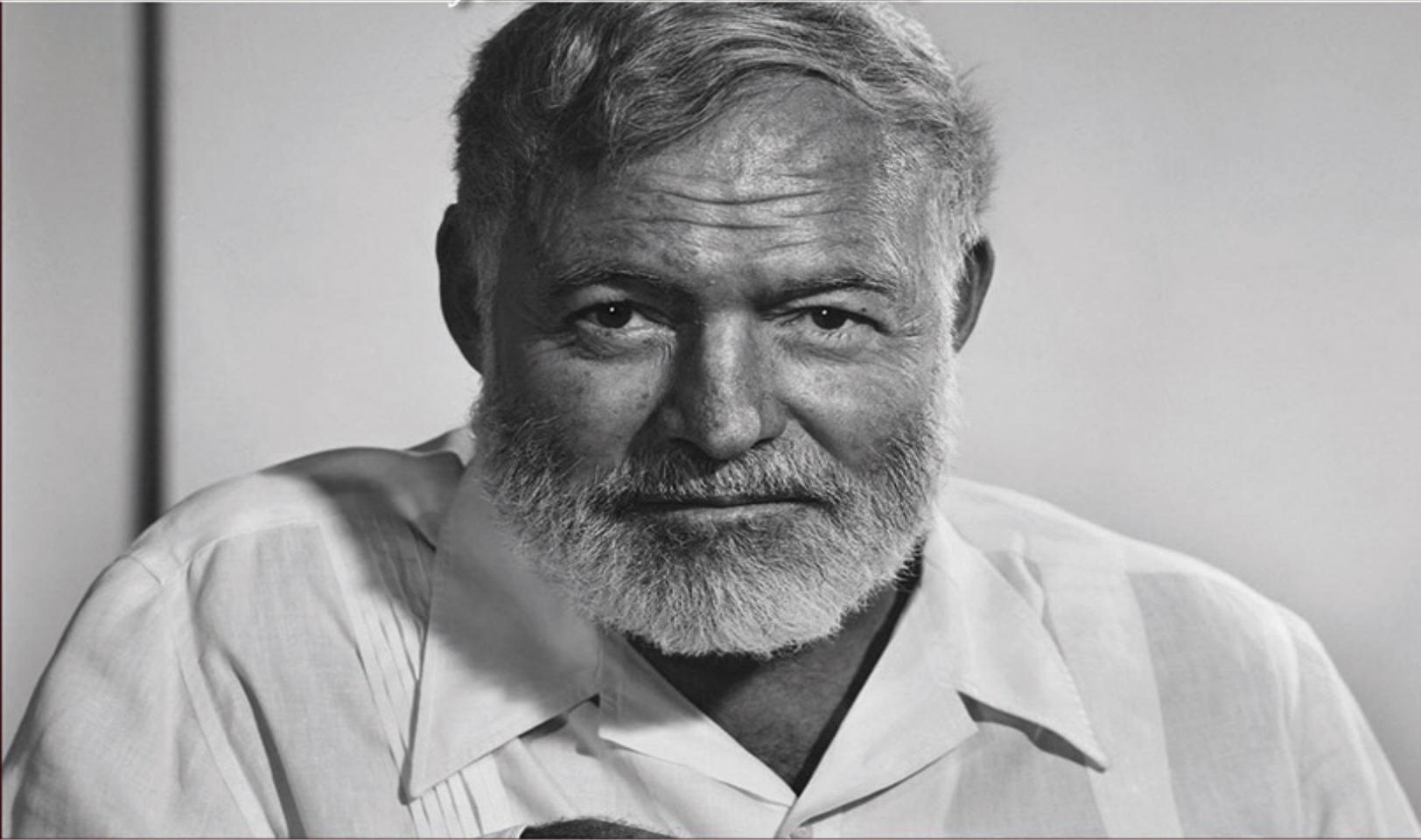
A COLOR

BREVE HISTORIA de los...

# DE LA PREMIO NOBEL LITERATURA

LOS INICIOS DEL NOBEL Y SU LENTA IMPOSICIÓN

Juan Bravo Castillo



El Premio Nobel de Literatura nace en 1901 como reconocimiento a la obra de autores fundamentales. Su dotación económica tenía el objetivo de apoyar su labor creativa. En esta obra descubrirá por qué se trata de un premio fundamental, único en su especie y sigue gozando de gran prestigio internacional

**BREVE HISTORIA DE LOS  
PREMIOS NOBEL  
DE LA LITERATURA I**

**BREVE HISTORIA DE LOS  
PREMIOS NOBEL  
DE LA LITERATURA I**

Juan Bravo Castillo



**Colección:** Breve Historia  
[www.brevehistoria.com](http://www.brevehistoria.com)

**Título:** *Breve Historia de los Premios Nobel de la Literatura I*

**Autor:** © Juan Bravo Castillo

**Copyright de la presente edición:** © 2022 Ediciones Nowtilus, S. L.  
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Diseño y realización de cubierta:** ExGaudia, Asociación Cultural

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN edición digital:** 978-84-1305-217-5

**Fecha de edición:** febrero 2022

Para Llanos, mi esposa,  
y para mis tres hijos,  
Alicia, Diana y Juan.

# Índice

[Prólogo de Fernando Arrabal](#)

[Presentación](#)

[1. Los premios literarios](#)

[2. Alfred Nobel: historia de un genio](#)

[3. La Fundación Nobel](#)

[4. Procedimientos de nominación y adjudicación](#)

[5. Criterios de concesión](#)

[6. Los premios Nobel y su contexto histórico](#)

[La época «regionalista»](#)

[Sully Prudhomme \(1901\) Francia \(1839-1907\). Poeta y filósofo](#)

[Theodor Mommsen \(1902\) Alemania \(1817-1903\). Historiador](#)

[Björnstjerne Björnson \(1903\) Noruega \(1832-1910\). Dramaturgo](#)

[Frédéric Mistral \(1904\) Francia \(1830-1914\). Poesía y epopeya](#)

[José Echegaray \(1904\) España \(1832-1916\). Dramaturgo](#)

Henryk Sienkiewicz (1905) Polonia (1846-1916).  
Narrador

Giosuè Carducci (1906) Italia (1835-1907). Poeta y crítico

Rudyard Kipling (1907) Reino Unido (1865-1936).  
Novelista

Rudolf Christoph Eucken (1908) Alemania (1846-1926).  
Filósofo

Selma Lagerlöf (1909). Suecia (1858-1940). Novelista

Paul Von Heyse (1910). Alemania (1830-1914). Novelista y dramaturgo

Maurice Maeterlinck (1911) Bélgica (1862-1949).  
Dramaturgo, poeta y ensayista

Gerhart Hauptmann (1912) Alemania (1862-1946).  
Novelista y dramaturgo

Rabindranath Tagore (1913) India (1861-1941). Poeta y narrador

Romain Rolland (1915) Francia (1866-1944). Novelista

Verner Von Heidenstam (1916) Suecia (1859-1940).  
Novelista y poeta

Karl Adolph Gjellerup (1917) Dinamarca (1857-1919).  
Novelista y dramaturgo

Henrik Pontoppidan (1917) Dinamarca (1857-1943).  
Narrador

Tímido aperturismo: los años de entreguerras

Carl Spitteler (1919) Suiza (1845-1924). Poeta y novelista

Knut Hamsun (1920) Noruega (1859-1952). Novelista

Anatole France (1921) Francia (1844-1924). Novelista

Jacinto Benavente (1922) España (1866-1954).  
Dramaturgo

William Butler Yeats (1923) Irlanda (1865-1939). Poeta

Wladyslaw Reymont (1924) Polonia (1867-1925).  
Novelista

George Bernard Shaw (1925) Irlanda (1856-1950).  
Dramaturgo

Grazia Deledda (1926) Italia (1871-1936). Novelista  
Henri Bergson (1927) Francia (1859-1941). Filósofo  
Sigrid Undset (1928) Noruega (1882-1949). Novela  
histórica  
Thomas Mann (1929) Alemania (1875-1955). Novelista  
Sinclair Lewis (1930) Estados Unidos (1885-1951).  
Novelista  
Erik Axel Karlfeldt (1931) Suecia (1864-1931). Poeta  
John Galsworthy (1932) Reino Unido (1867-1933).  
Novelista  
Iván Bunin (1933) Rusia (1870-1953). Novelista  
Luigi Pirandello (1934) Italia (1867-1936). Dramaturgo  
Eugene O'Neill (1936) Estados Unidos (1888-1953).  
Dramaturgo  
Roger Martin Du Gard (1937) Francia (1881-1958).  
Novelista  
Pearl S. Buck (1938) Estados Unidos (1892-1973).  
Novelista  
Frans Eemil Sillanpää (1939). Finlandia (1888-1964).  
Novelista  
La progresiva consolidación del Nobel  
Johannes Vilhelm Jensen (1944) Dinamarca (1873-1950).  
Novelista  
Gabriela Mistral (1945) Chile (1889-1957). Poeta  
Hermann Hesse (1946) Suiza, nacido en Alemania,  
(1877-1962) Novelista  
André Gide (1947) Francia (1869-1951). Novelista  
Thomas Stearns Eliot (1948) Reino Unido (nacido en  
Estados Unidos) (1888-1965). Poeta y dramaturgo  
William Faulkner (1949) Estados Unidos (1897-1962).  
Novelista  
Bertrand Russell (1950) Reino Unido (1872-1970).  
Filósofo  
Pär Lagerkvist (1951) Suecia (1891-1974). Novelista y  
dramaturgo  
François Mauriac (1952) Francia (1885-1970). Novelista

Winston Churchill (1953) Reino Unido (1874-1965).

Memorialista

Ernest Hemingway (1954) Estados Unidos (1899-1961).

Novelista

Halldór Kiljan Laxness (1955) Islandia (1902-1998).

Novelista

Juan Ramón Jiménez (1956) España (1881-1958). Poeta

Albert Camus (1957) Francia, nacido en la Argelia

francesa, (1913-1960). Novelista y dramaturgo

Boris Pasternak (1958) Unión Soviética (1890-1960).

Novelista y poeta

Salvatore Quasimodo (1959) Italia (1901-1968). Poeta

Saint-John Perse (1960) Francia, nacido en la isla de

Guadalupe, (1887-1975). Poeta

Ivo Andric (1961) Yugoslavia, nacido en el Imperio

austrohúngaro, (1892-1975). Novelista

John Steinbeck (1962) Estados Unidos (1902-1968).

Novelista

Yorgos Seferis (1963) Grecia, nacido en el Imperio

otomano, (1900-1971). Poeta

## Prólogo de Fernando Arrabal

Fernando Arrabal, Trascendente Sátrapa:

Siempre que se le preguntó a Borges, en mi presencia, por el Premio Nobel, respondió encantado. Atendía risueño y educado a todas las preguntas que se le formulaban, lo mismo en París que en Milán, o que pasando por el Polo (sí, sí) o en Tokio; antes de que yo mismo realizara sobre él, mi séptimo y último (¿y mejor?) largometraje.

¿Cómo decir sin parecer lagotero que los grandes premios literarios son evidentemente prestigiosos? ¿Como a menudo la mayoría de los trofeos que se otorgan aquí y allá? Cuando el clon de la Chita de Tarzán se convierte en el enanito de Blancanieves. ¿Casi siempre los jurados de los galardones y especialmente del Nobel suelen actuar con equidad? En esta época de maremotos hasta con un

escúter se descubre el fuego. Se olean con hinchas los casos de Joyce, Kafka, y del mismísimo Borges. ¿Es lógico que un jurado que carece del don de infalibilidad no siempre acierte? Pero a veces lo consigue. Como en el caso de Beckett.

En general estos premios ¿cambian tan solo la vida doméstica de una parte de los premiados? Suzanne Beckett (con su marido) dejaron de vivir en 12 metros cuadrados. Ella se compró lo mejor que podía conseguir con el millón. Un pisito en París, seis veces mayor. Por inadvertencia asomado a las galerías de la cárcel de la Santé. Como despertador ¿tuvieron que adquirir una serpiente de cascabel?

Jean-Paul Sartre rechazó el premio y el millón. ¡A lo legionario! Pero a última hora, cuando no tenía con qué pagarse «ni un par de calcetines», recuperó el cheque. ¿Hay quién se vuelve mendigo o «clochard» a causa de sus quimeras? Me contó «le Castor» (Simone de Beauvoir) que, poco antes de su ocultación, Sartre le preguntó: «¿Cómo haremos para hacer frente a los gastos de entierro?». Los académicos suecos le devolvieron lo que era suyo. Olvidando que les había expectorado. Y no por el colmillo.

Los escritores no recipiendarios del Nobel ¿no suelen quejarse? Alfred Jarry antes de morir de hambre hubiera podido recibir siete premios Nobel. Hasta su último suspiro actuó como si en todo porvenir no hubiera futuro. Hacía mucho tiempo que Jarry, en sus veredas, ¿no vivía en tiempo real?

El Nobel, felizmente, otorgó su primer premio español al primer escritor contemporáneo de aquí: Echegaray. En el ruedo, los más ínclitos consideraron que había sido un accidente: como si a la Dama de Elche le hubieran escayolado las piernas. «Ipso facto» los más huracanados le sambenitaron con un manifiesto para «entrabarle»

definitivamente. Estos enfurecidos recordaban escandalizados el artículo del gran superdotado sobre la Inquisición titulado «la sogá de Lavapiés». Los manifestantes, entre improperios, le descalificaron inventando que «Echegaray representa a una España corroída por los prejuicios y la superchería». ¿Y se quedaron tan anchos? Incluso los manifestantes más rojos ¿tenían ya glóbulos blancos?

Durante mi adolescencia madrileña se representó con gran éxito el recochineo: «Un drama de Echegaray ¡ay!». Entonces ¿algunos no reflexionaban por temor a ser influenciados? La chirigota se había estrenado en el Teatro Calderón de Barcelona con Fernando Fernán Gómez. El lavado de cerebro no es nada, ¿luego había que secarlo?

Al saber que había un busto del genio Echegaray en el Banco de España (su obra) fui, con amigos, dos veces, para intentar rendirle homenaje. La primera ni siquiera pude traspasar el umbral. No fue imposible atravesar aquella «vereda» y «traba» más que «road».

El autor nació cien años antes que yo. Mantuvo siempre una actitud distante con su poesía y su teatro. A pesar de contar con la admiración de Luigi Pirandello, August Strindberg o Bernard Shaw. En el reino de los ciegos, los lazarillos son reyes. Sus piezas, como «O locura o santidad», se representaron en medio mundo. Él solo se consideró un hombre de ciencia. Buda ¿nunca entró en una pagoda?

Con Echegaray comienzan «la matemática y la física españolas de los siglos XIX y XX» (según Rey Pastor). En 1907, a propuesta de Ramón y Cajal, la Academia de Ciencias creó la «Medalla Echegaray». Escribió tratados sobre la teoría de determinantes, la geometría de Chasles,

las funciones elípticas, la termodinámica, y un largo etcétera. Pero ¿cuánto dura el comienzo de un tratado?

Desgraciadamente no pudo terminar su «magnum opus» de Física matemática: solo pudo concluir 25 de sus tomos... El reloj biológico ¿hay que abrirlo para conocer el tiempo?

Inmerecidamente he recibido premios como el «Ludwig Wittgenstein» de filosofía, el «Pier Paolo Pasolini» de cine, o del Colegio de Patafísica, el cual me ha nombrado (substituyendo a Boris Vian y Eugène Ionesco) «promotor insigne» de su «orden». ¿Es una función ideal?: sin voz ni voto.

Para la Patafísica, el premio Nobel no es «un pesado hándicap». De hecho un par de veces Nobel ha galardonado a dos de sus cuarenta y nueve elegidos. Somos «Trascendentes Sátrapas» (sin merecerlo ni remotamente en mi caso): Marcel Duchamp, Mandelbrot, Simone Leys, Ionesco, Boris Vian, Miró, Baudrillard... La tierra es redonda, ¿pero los hay que la prefieren lisa? Mucho tendría que cambiar el mundo y sus «grandes premios» para imaginar ¿que por el mar corre la liebre...?

«How many roads must a poet walk down», dijo el premio Nobel Bob Dylan,

fa

## Presentación

La envergadura del tema abordado en esta obra y la naturaleza intrínseca de lo que, en palabras de James Joyce, podríamos denominar *work in progress* (cada año un nuevo galardonado), han movido al editor a presentar esta *Breve Historia de los Premios Nobel de Literatura* en dos volúmenes.

Este que el lector tiene hoy en sus manos da cuenta del nacimiento de tan controvertido premio y de sus peculiaridades con respecto a los demás. Decía Stendhal que, en los orígenes de las grandes fortunas y de los apellidos ilustres, había invariablemente una *catin sublime*. Pues bien, en lo que se refiere al Nobel, podríamos añadir algo parecido cuando vemos que fueron, en gran medida, los remordimientos por el lamentable uso que los militares

hicieron de un invento que lo único que pretendía era ser un poderoso artefacto en manos de la ingeniería, los que animaron a Alfred Nobel a emplear su enorme fortuna - obtenida no solo con su más célebre invento, la dinamita, sino con otros más de trescientos.

Toda la vasta maquinaria puesta en movimiento por los encargados de cumplir sus últimas voluntades (pensemos que el Nobel de Literatura, objeto de estudio de esta obra, es únicamente un eslabón de seis: Medicina, Física, Química, Economía y Paz), estuvo marcada, lógicamente, por lo escrito en el testamento de Alfred Nobel. Concretamente, dice al respecto: «una parte (la correspondiente al Nobel de Literatura) a la persona que hubiera producido la obra más sobresaliente de tendencia idealista dentro del ámbito de la Literatura». Esa «tendencia idealista», aplicada al pie de la letra, explica que, durante las primeras décadas del siglo xx, autores de enorme prestigio mundial como Zola, Tolstói, Pérez Galdós, Proust o Joyce -que hubieran podido engrandecer el galardón con su propia celebridad y su renombre-, fueran obviados por el comité correspondiente. Algo parecido podemos decir de las personalidades más ilustres de las vanguardias -en especial André Bréton, creador, con Philippe Soupault, del surrealismo, movimiento crucial en el que beberán muchos galardonados. Todo lo que, en mayor o menor medida, dejara de participar de la doctrina idealista europea -la predilecta para el propio Alfred Nobel, que en su juventud había hecho sus pinitos poéticos-, fue considerado inadecuado. Descartar tendencias como el realismo flaubertiano y, sobre todo, el naturalismo zoliano, fue todo un lastre para el Nobel, que necesitó bastantes años para actualizarse.

Ello explica lo que hemos dado en denominar el carácter «regionalista» de lo que consideramos primera etapa o época del Nobel, los años de la «belle époque», en los que unos cuantos países copan la mayor parte de los premios - Francia (3), Alemania (4), Suecia (2), Dinamarca (2), y luego España, Polonia, Italia, Reino Unido, Bélgica, con un galardón por país. Nombres, por lo demás, en su mayoría, bastante desconocidos fuera de su ámbito (como es el caso del francés Sully Prudhomme, o del español José Echegaray), por no hablar de otros, conocidos dentro de los ámbitos de la historia (el alemán Theodor Mommsen), o de la filosofía (caso del también alemán Rudolf Christoph Eucken), lo que demuestra el evidente propósito de extender el ámbito de la literatura hacia la historia y la filosofía, disciplinas que habían quedado fuera de las disposiciones de Alfred Nobel.

Una primera etapa, pues, esencialmente gris, en la que apenas se puede destacar alguna notable personalidad más allá del poeta italiano Carducci (1906), el narrador británico Rudyard Kipling (1907), el dramaturgo belga Maurice Maeterlinck (1911) -antepuesto al gran Henrik Ibsen-, o el novelista francés Romain Rolland (1915). Y, como siempre, la excepción o nota exótica con el gran Rabindranath Tagore, poeta indio en lengua bengalí pero perfectamente conocido en Europa en 1913, fecha en que la Academia Sueca le otorgó el Nobel. Otra nota curiosa fue la concesión en 1909 del galardón a una mujer, Selma Lagerlöf, sueca, autora del célebre libro *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia*.

La Primera Guerra Mundial y el periodo de entreguerras conllevaron un tímido aperturismo, especialmente desde el momento que la Academia ponía su punto de mira en personalidades de la talla de los irlandeses William Butler Yeats (1923) y George Bernard Shaw (1925), o la del alemán Thomas Mann (1929). Un paso crucial, sin

embargo, fue la decisión de la Academia de cruzar el Atlántico y abrirse a los Estados Unidos, que tan importante papel habían desempeñado en una guerra que parecía no tener fin. El primero en romper la barrera fue Sinclair Lewis (1930), seguido de Eugene O'Neill (1936) y Pearl S. Buck (1938) -cuarta mujer que recibía el galardón después de la citada Lagerlöf, la italiana Grazia Deledda (1926) y la noruega Sigrid Undset (1928). Anclado, no obstante, en sus viejos prejuicios, el comité del Nobel seguía incurriendo en errores de bulto, como el de otorgar el Nobel a Henri Bergson en 1927, brillante filósofo, pero no literato, obviando nada menos que a Marcel Proust, con quien Bergson estaba emparentado (su esposa era prima de Proust).

Concluida, sin embargo, la Segunda Guerra Mundial (entre 1940 y 1943 no se entregó ningún premio) y, tras unos inicios vacilantes, la Academia se abrió a Chile, otorgando, en 1945, el galardón a otra mujer, Gabriela Mistral (la quinta desde la creación del Nobel). Con el inicio de la «guerra fría», por fin, la Academia Sueca daba el tan ansiado salto iniciando un proceso de consolidación que se prolongaría bastantes años por culpa de su política indecisa y hasta podríamos calificar de oportunista. De ese modo, y mientras que sucesivamente galardonaba a cuatro autores de altísimos méritos -el suizo Hermann Hesse (1946), el francés André Gide (1947), el británico T. S. Eliot (1948) y el estadounidense William Faulkner (1949)-, acto seguido daba la de arena, coronando, en 1950 y 1953, a los británicos Bertrand Russell y Winston Churchill, personalidades excelsas, aunque no en el ámbito estrictamente literario.

El año 1954 supuso un hito importante en el devenir del Nobel, con la concesión del galardón al estadounidense Ernest Hemingway. Fue un encuentro fructífero, ya que si bien él lo ansiaba, no menos falto estaba el premio de publicidad. Durante los años siguientes, dejando a un lado algún nombre irrelevante, la Academia fue aumentando su prestigio a la vez que nombraba sucesivamente al español Juan Ramón Jiménez (1956), al francés Albert Camus (1957), al ruso Boris Pasternak (obligado por el gobierno soviético a rechazarlo, en 1958), al italiano Salvatore Quasimodo (1959), al francés Saint-John Perse (1960) y de nuevo a otro estadounidense, el popular novelista John Steinbeck (1962). Se cerraba esta tercera etapa con el poeta griego Yorgos Seferis (1963), antes de que, justo al año siguiente, el siempre polémico Jean-Paul Sartre decidiera, por su cuenta y riesgo, rechazar el Nobel, con el consabido escándalo.

# 1

## Los premios literarios

Un *premio* literario es una recompensa simbólica, crematística, o ambas cosas a la vez, concedida a un escritor por un texto -relato, poema, ensayo, etc.-, un libro concreto o como culminación del conjunto de su obra. Esta práctica, además de ser multiforme, viene de lejos. Sin embargo, fue a comienzos del siglo xx -época en que dicha fórmula se extendió a otros muchos ámbitos de las letras- cuando los premios literarios empezaron a desempeñar un papel importante en la promoción de la literatura.



Anuncio de la concesión del Premio Nobel de Literatura 2008 en la Academia Sueva de Estocolmo. Foto de: Horace Engdahl (Prolineserver, Talk - Trabajo propio, CC BY-SA 3.0).

La atribución de premios y recompensas a escritores y poetas fue, como decíamos, una costumbre muy generalizada desde la Antigüedad. En el mundo griego era usual otorgar honores a los poetas famosos, y las justas y juegos florales europeos que han sobrevivido hasta nuestros días, comenzaron en la Edad Media. Estos certámenes eran, sobre todo, de carácter poético, y a los bardos ganadores se les obsequiaba con una pequeña flor, y más que a beneficios materiales, los concursantes aspiraban, por lo general, a ganar prestigio, flores, alabanzas, e incluso, en determinados casos, besos de alguna doncella. Ahora bien, ya por entonces, la honestidad de los jurados era un asunto controvertido. Nada extraño que, en la segunda parte, capítulo XVIII del *Quijote*, Cervantes, por boca de su héroe, aconseje que en los versos de justa literaria «procure vuesa merced llevar el segundo premio; que el primero se lleva el favor o la gran

calidad de la persona; el segundo se lo lleva la mera justicia; y el tercero viene a ser segundo, y el primero, a esta cuenta, será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades. Pero, con todo esto, gran personaje es el nombre de *primero*».

El auge de las Academias favoreció este tipo de iniciativas. En el siglo xvii, concretamente, la Academia francesa creaba un premio de elocuencia, y en el xviii, con la proliferación de este tipo de instituciones, los concursos y los premios se tornaron legión. Se sabe que el propio Jean Jacques Rousseau se dio a conocer como literato en Francia cuando la Academia de Dijon lo premió por su célebre *Discurso sobre el origen de las ciencias y de las artes*.

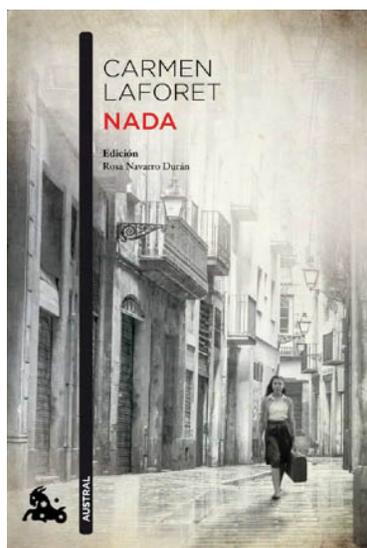
Nada más iniciarse el siglo xx, como puestos de acuerdo, nacían dos premios que imprimirían un nuevo sesgo al panorama literario: el primero, en 1901, el Premio Nobel de Literatura, objeto de análisis en este libro, con el que su creador, Alfred Nobel, como veremos, pretendía reconocer y apoyar el conjunto de la obra de un autor de prestigio con el fin de que este pudiera consagrarse a su trabajo sin acucios económicos de ningún tipo. Era un premio internacional y no hacía distinción de géneros; el ganador podría ser un poeta, novelista, dramaturgo, ensayista, etc. La fórmula, aunque iniciada de una forma indecisa, terminaría imponiéndose, como veremos. El segundo, el premio Goncourt, en 1903, creado en honor de los célebres hermanos Jules y Edmond de Goncourt, destinado a fomentar el género novela en lengua francesa, adquirió un enorme prestigio desde el momento, sobre todo, en que el jurado, tras una polémica actuación, otorgaba el galardón, en 1918, a Marcel Proust por su libro *A la sombra de las jóvenes en flor*. En la actualidad, el Goncourt, a diferencia del Nobel, prima el prestigio simbólico sobre el crematístico, hasta el punto de que el ganador recibe como premio un billete simbólico de 10 euros.



Marcel Proust obtuvo el Premio Goncourt en 1918. Actualmente, el Goncourt está dotado de una cantidad económica simbólica.

Fue ya durante los años cuarenta, no obstante, cuando el concepto de premio literario adquirió un nuevo sesgo. Olvidada la figura del todopoderoso mecenas, tan importante durante los siglos XVI, XVII y XVIII, únicamente los artistas procedentes de familias acaudaladas, como André Gide, podían permitirse publicar sin preocupaciones. Para los que adolecían de posibles, la empresa de dar a conocer su obra era tarea compleja que requería de ingenio y constancia. Concluida la Segunda Guerra Mundial, el auge de autores jóvenes exigía buscar una nueva fórmula por parte de las instituciones y las editoriales, con el fin de darles el empujón necesario en sus primeros pasos en el mundo de las letras. Más que prestigio y fama lo que necesitaba un joven valor era una ayuda financiera para vivir dignamente, escribir con un cierto desahogo y dar a conocer sus obras. Surgió por aquel entonces, aquí y allá, la figura del editor caballeroso, interesado por promover la cultura y provisto de un buen respaldo financiero familiar. Para este tipo de editor, la máxima ambición era hallar una voz nueva por la que apostar -el lucro vendría por añadidura-; en cierto modo era una nueva forma de mecenazgo. En España, merced a uno de estos premios, el

Nadal, se dieron a conocer personalidades de la talla de Carmen Laforet, Rafael Sánchez Ferlosio o Carmen Martín Gaité. Con parecidas pretensiones, José Manuel Lara creó, en 1952, el Premio Planeta. Los inicios fueron prometedores, concediéndose los cinco primeros años el galardón a autores jóvenes noveles, hasta que, en 1957, Lara, convencido de que era de todo punto imposible pretender sacar del anonimato todos los años a un genio o promesa de la literatura, imprimió un nuevo golpe de timón al premio, haciéndolo recaer en Emilio Romero, a la sazón director del conocido diario *Pueblo*. El fallo del jurado exigió una disculpa por parte del propio Lara, del jurado y naturalmente del ganador. Pero el precedente estaba sentado, máxime cuando se supo que todo había sido una maniobra perfectamente urdida por la editorial, que vio cómo de la noche la mañana se multiplicaban las ventas. Decisiones de esta índole hicieron un daño considerable a la literatura. Al mismo tiempo, surgían la figura del cazapremios (para quien lo estrictamente literario es secundario), especializado en acumular galardones como trofeos de caza; y el afán de lucro de muchas figuras consagradas que se prestaron al juego de la editorial de turno, acaparando reconocimientos y cerrando a menudo las puertas a autores que hubieran sido más merecedores que ellas y, desde luego, más necesitados. Sentado ese precedente, se empezó a plantear el siguiente dilema: ¿conceder el premio a un escritor consagrado, que a su vez prestigia el certamen, o bien otorgar el galardón a un autor desconocido, haciéndole justicia? En el primer caso, el comentario generalizado era: «¿Lo ves? Siempre ganan los mismos. Los premios están dados de antemano». En el segundo, los murmuradores, que siempre han sido y son legión, dirían: «¿Y a ese quién lo conoce?».



El Premio Nadal es un prestigioso premio español que sirvió para dar a conocer importantes y personales voces de la nueva narrativa en castellano, es el caso de Carmen Laforet, Rafael Sánchez Ferlosio o Carmen Martín Gaité.

Este es el gran dilema en que se mueven las grandes editoriales, sobre las que llueven los manuscritos de escritores noveles y que, en la mayoría de los casos, se devuelven -a veces ni eso- sin tan siquiera ser leídos, o se reconducen hacia sus respectivos premios. Alfaguara, Tusquets o Anagrama (Premio Herralde) son claros ejemplos.

Digamos, pues, que esta cómoda política editorial podrá ser todo lo rentable que se quiera -con un autor reconocido se arriesga menos y se gana más-, pero lo que nadie medianamente informado puede poner en duda es que el viejo y primer objetivo de un premio -el de buscar voces nuevas y sacarlas a la luz-, está a punto de pasar a la historia, con el consiguiente perjuicio del hecho literario (la de, si no genios, sí buenos escritores que, por no hallar un mínimo de reconocimiento, habrán acabado buscando un *modus vivendi* más o menos lejos de la literatura).

Por fortuna, en las dos últimas décadas han surgido aquí y allá pequeñas editoriales que, a base de tesón y perseverancia, hacen lo que hicieron en su día aquellos editores caballerosos de antaño, trabajando honestamente y jugándose su propio patrimonio, a riesgo de que, una vez hallada la perla, vengan las grandes editoriales y se la arrebaten.

Durante los años sesenta y setenta, lejos de las componendas de las grandes editoriales, gobiernos e instituciones crearon premios que, con el tiempo, han alcanzado un gran prestigio. Tal es el caso del Premio Pulitzer, creado en 1917 por el editor judío húngaro Joseph Pulitzer, con el fin de promocionar la prensa escrita, la literatura y la composición musical estadounidenses, el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallego, nacido en la Venezuela de 1967, y destinado a la promoción de la novela en lengua castellana; el Premio Turner Tomorrow, creado en Reino Unido, en 1969, y destinado a una obra de ficción inédita; el National Book Awards, creado en los Estados Unidos, en 1976; el Premio Erich Fried de poesía, creado en Viena. En los primeros años de este siglo, surgían otros dos galardones que hoy día gozan de altísimo prestigio: el Premio Franz Kafka, fundado en 2001; galardón literario de origen checo, que se falla anualmente en la ciudad de Praga y que está organizado por la sociedad Franz Kafka; y el Premio Man Booker International, galardón literario bienal de origen británico, creado en 2005, que premia la mejor obra escrita en inglés, independientemente de la nacionalidad del autor, con una remuneración económica de 50.000 libras que, en caso de tratarse de una traducción, será a repartir entre el autor y el traductor de la obra.

En España, en 1976, en plena transición, el Ministerio de Cultura creó el Premio Miguel de Cervantes, con el fin de honrar la mejor obra literaria escrita en castellano de todo el mundo. Los candidatos son propuestos por la Real Academia Española y las diferentes Academias de la Lengua de los países de habla hispana, así como por los ganadores de ediciones anteriores, que también pueden proponer a un aspirante. Dotado con 125.000 euros, es sin duda el galardón literario más importante en lengua castellana.

Tradicionalmente, se ha ido alternando a un autor español con otro hispanoamericano. También ha alcanzado gran prestigio el Premio Príncipe de Asturias, creado en 1981 (y que, en 2015, pasaría a denominarse Premio Princesa de Asturias, que anualmente se entrega en Oviedo como modo de honrar la labor científica, técnica, cultural, social y humana. Otro premio de gran prestigio internacional es el Premio Jerusalem, creado en 1963, de periodicidad bienal, que se entrega en la Feria del Libro de Jerusalén y que se destina a quienes luchan por la libertad en el contexto de la sociedad actual.

Digno de reseñar es, asimismo, el Premio Hans Christian Andersen, fundado en 1956, galardón bienal que premia la mejor obra literaria infantil en todo el mundo, de ahí que se le considere como el «Pequeño Premio Nobel». Otros premios literarios internacionales dignos de mención son: Los Grandes Premios de las Asociaciones Literarias, el Premio Aga Khan para la Ficción (creado por la *Paris Review* para el mejor cuento publicado en sus páginas), el Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán (creado en 1950 y que se concede en la Feria Internacional del Libro de Frankfurt), el Premio Locus (creado en 1971 por la revista del mismo nombre y destinado a una novela de ficción, entretenimiento o terror), el Premio Nébula (creado